

METÁLOGOS

Los Evangelios
de Tomás, Felipe
y la Verdad

Si este libro le ha interesado y desea que lo mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Naturismo, Nuevas terapias, Espiritualidad, Tradición, Qigong, PNL, Psicología práctica, Tarot...) y gustosamente lo complaceremos.

Puede contactar con nosotros en
comunicacion@editorialsirio.com

Título original: METALOGOS

Traducido del inglés con la asistencia del
Profesor Higinio Alas Gómez (Heredia, Costa Rica),
Doctor José Cascant Ribelles (Valencia),
Profesor Pedro Chamizo Domínguez (Málaga)

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

© de la edición original
Dr. Thomas Paterson Brown

© de la presente edición
EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/ Panaderos, 14
29005-Málaga
España

EDITORIAL SIRIO
Nirvana Libros S.A. de C.V.
Camino a Minas, 501
Bodega nº 8 , Col. Arvide
Del.: Alvaro Obregón
México D.F., 01280

ED. SIRIO ARGENTINA
C/ Paracas 59
1275- Capital Federal
Buenos Aires
(Argentina)

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-7808-677-1
Depósito Legal: B-

Impreso en los talleres gráficos de Romanya/Valls
Verdaguer 1, 08786-Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dr. Thomas Paterson Brown

METÁLOGOS

Los Evangelios
de Tomás, Felipe
y la Verdad

editorial  irio, s.a.

«¡Maravillad a lo presente!»
— *Las Tradiciones* del apóstol Matías

INTRODUCCIÓN

En diciembre del año 1945 dos campesinos egipcios musulmanes, Muhámad Alí al-Samán y su hermano Jalífah Alí, encontraron más de mil cien páginas de antiguos manuscritos en papiro, enterrados junto al acantilado oriental en el valle del Alto Nilo. Los textos eran traducciones de originales griegos al copto, que fue la etapa helenística de la antigua lengua camítica faraónica (Gén 10, 6). Ese dialecto evolucionó después de la conquista por Alejandro Magno en el 332 a. de C. y posteriormente fue reemplazado por el árabe como la lengua vernácula egipcia después de la conquista musulmana en el 640 d. de C. Así pues, el copto se convirtió en la lengua de la Iglesia egipcia primitiva y permanece como su lenguaje litúrgico hasta hoy día.

El yacimiento de este descubrimiento, al otro lado del río del pueblo moderno de Nag Hammadi, ya era famoso como el pueblo en la antigüedad llamado ΧΗΝΟΒΟΣΚΕΙΟΝ («pastizal de gansos»), donde en el 320 d. de C. san Pacomio fundó el primer monasterio cristiano. Poco menos de medio siglo después, en el 367, los monjes del monasterio copiaron unos cuarenta y cinco escritos religiosos y filosóficos diversos —entre los que se encuentran los Evangelios de Tomás, Felipe y la Verdad, además de una parte de la *República* de Platón (588A-589B)— en una docena de códices encuadernados en cuero. Esta biblioteca entera fue cuidadosamente sellada en una urna y escondida cerca, entre las rocas, donde permaneció sin descubrirse durante casi mil seiscientos años. Estos papiros, vistos por primera vez por eruditos en marzo de 1946 (Jacques Schwarz y Charles Kuentz, Códice II, en una tienda de antigüedades de El Cairo), se conservan desde 1952 en el Museo Copto del Cairo Antiguo. La edición fotográfica más temprana del manuscrito del importantísimo Códice II fue editada por el doctor Pahor Labib en 1956 (El Cairo, Departamento Gubernamental de Antigüedades).

El autor del Evangelio de Tomás se presenta como santo Tomás el apóstol, uno de los doce. El documento consta de una colección de más de cien dichos y diálogos cortos del Salvador, sin conexión narrativa. Algunos de estos dichos fueron citados como Escritura por autores cristianos en la antigüedad —por ejemplo, los Dichos 2, 22, 27 y 37 por Clemente de Alejandría (hacia el 150-211 d. de C.) en su *Stromata (Remiendos)*— aunque sin atribución explícita a Tomás. Últimamente, hace cien años en Oxirrinco de

Egipto se encontraron algunos fragmentos de lo que ya sabemos es una versión previa de Tomás en griego, por la paleografía fechada así: PapOx 1 (Tom 26-33, 77, 200 d. de C.); PapOx 654¹ (Tom Prólogo 1-7, 250 d. de C.); PapOx 655 (Tom 36-39, 250 d. de C.) —véase Biblio. 8, más adelante. El descubrimiento más reciente de la versión copta sahídica (S) de Tomás nos ha permitido por fin tener acceso a este evangelio en su totalidad. Pruebas adicionales, como el asíndeton en logion 6, revelan una fuente semítica anterior (véase Guillaumont en «Comentarios eruditos recientes»). Como se indica en el artículo de prensa citado más adelante, casi todos los eruditos bíblicos que han estudiado este documento desde su primera publicación han concluido que el de Tomás debe ser aceptado como *un verdadero quinto evangelio*, de una autoridad igual a la de san Juan y los sinópticos. Es particularmente de interés que varios de los logia en Tomás (12, 24, 28, 37) son evidentemente dichos de la *posresurrección*.

El Evangelio de Felipe —como se puede inferir de sus dichos 51, 82, 98, 101, 137— se compuso al menos en parte después del 70 d. de C. por san Felipe, llamado el evangelista (*no* el apóstol), que aparece en los Hechos de los Apóstoles en 6:1-6; 8:4-40; 21:8-14. No hay ni una referencia, ni una cita previa, conocida de este complejo texto, que es una traducción al sahídico (S) de una serie elegante de reflexiones sobre la tradición abrahámica, sobre Israel y el Mesías encarnado, mientras que elabora una metafísica de idealismo espiritual.

1. En exposición en la Galería John Ritblat de la nueva Biblioteca Británica en Saint Pancras, Londres.

El Evangelio de la Verdad se compuso alrededor del año 150 d. de C. por Valentín, el famoso santo de Alejandría (nacido hacia el 100 d. de C.). Se trata de una entretejida meditación continua sobre el Logos —pero hasta su descubrimiento en Nag Hammadi (en el dialecto subakhmímico, A²), no se conocía ni una frase sobreviviente de esta noble composición. (Una versión inglesa preliminar de otro texto extraordinario de Nag Hammadi, que también podría ser de Valentín: www.metalog.org/files/supremacy.html.)

En los primeros años después del descubrimiento de estos documentos y antes de que los eruditos pudieran escudriñarlos lo suficiente, era habitual describirlos colectivamente como «gnósticos» (así, por ejemplo, Grant y Freedman [1960], en «Comentarios eruditos recientes»). Éste ha sido siempre un término genérico para la mezcla mediterránea de movimientos religiosos esencialmente antisensoriales de los primeros siglos posteriores a Cristo y así desdichadamente al principio fue usado como un cajón de sastre para meter en él a todos los diversos escritos de Nag Hammadi. La investigación ulterior, no obstante, ha mostrado que ni Tomás ni Felipe ni el Evangelio de la Verdad se pueden encasillar correctamente así, puesto que cada uno de ellos afirma explícitamente la realidad de nuestras encarnaciones físicas, junto con su contexto histórico (incluso, notablemente, la crucifixión). El «gnosticismo» —sea oriental, platónico, de las religiones de misterio o teosófico— considera por definición al universo perceptible (incluso nuestras vidas encarnadas además de toda la historia humana, bíblica o no) como inherentemente ilusorio y por eso maligno. El Antiguo Testamento (AT) —el

cual Cristo ciertamente aceptó en los evangelios canónicos—, en cambio, sostiene que el campo entero de los cinco sentidos no es ni irreal ni malo, sino creado divinamente y bueno: así, entre un sinnúmero de ejemplos, Gén 1:31 («todo cuanto había hecho [Dios] era bueno en gran manera») y Lc 24:39 («carne [y] huesos como... yo tengo»). Un estudio cuidadoso de los tres evangelios coptos deja bien claro que pertenecen inequívocamente a esta tradición bíblica de ningún modo gnóstica; véase Com. 1, más adelante.

Los cánones del Nuevo Testamento (NT) de la Iglesia occidental (católica/protestante), ortodoxa, copta, armenia, etíope y siria/nestoriana difieren significativamente entre sí, y esos listados incluso fueron discutidos por las diversas ramas del cristianismo hasta muchos siglos después de Cristo; antes había solamente opiniones diversas recordadas por una variedad de individuos mucho tiempo después de la era apostólica, referentes no sólo a los textos generalmente aceptados hoy día, sino también a escritos como la Epístola de Bernabé, el Pastor de Hermas, el Evangelio de los Egipcios, el Evangelio de los Hebreos (en el cual Cristo se refiere a la Sagrada Espiritu como su Madre), las Tradiciones de Matías, el Apocalipsis de Pedro, la Didajê y los Hechos de Pablo. Así, el Códice Sinaítico, de mediados del siglo IV, incluye tanto a Bernabé como al Pastor de Hermas, mientras que el Códice Alejandrino, de principios del siglo V, contiene I y II Clemente además de los Salmos de Salomón. No hubo ningún concilio de la Iglesia sobre el canon del NT hasta el Sínodo de Laodicea (363 d. de C.), que de hecho rechazó el Apocalipsis de San Juan. Doce siglos después (!), el Concilio de Trento (1546 d. de C.)

estableció por fin el canon occidental y definió la lista actual de 27 libros como un artículo de la fe católica (aunque los concilios episcopales nunca han pretendido ser infalibles; el voto en Trento fue de 24 contra 15, con 16 abstenciones). Esta lista fue también aceptada por las varias Iglesias protestantes. Las diversas Iglesias orientales tienen historias igualmente complicadas para establecer sus cánones respectivos del NT: así, el canon armenio incluye un III Corintios paulino; el NT copto contiene I y II Clemente; el Peshita nestoriano excluye II y III Juan, Judas y el Apocalipsis; la Biblia etíope añade unos libros llamados los Sínodos, la Epístola de Pedro a Clemente, el Libro de la Alianza y la Didascalía; y el Apocalipsis de San Juan todavía no se incluye en la Biblia ortodoxa griega! (Biblio. 18).

No obstante, es de destacar que los Evangelios de Tomás, Felipe y la Verdad evidentemente no eran conocidos por ninguna de esas tradiciones en el momento de sus intentos por establecer un canon del NT, pues jamás se mencionaron durante sus prolongadas deliberaciones —y por ello ni siquiera se tuvieron en cuenta para ser incluidos en sus listas respectivas—. En todo caso, el concepto de un canon ciertamente nunca fue inventado para excluir la posible inspiración de descubrimientos posteriores de textos o de ágrafa aislados (Lc 1:1; Jn 21:25).

Lo que sucediera durante los primeros tres siglos y medio posteriores a Cristo, antes de los intentos eclesiásticos más tempranos para establecer un canon, es notoriamente oscuro, pues los mesiánicos del evangelio original fueron finalmente suplantados por los «cristianos» paulinos (Hch 11:25-26). Así, por un lado, la Epístola de Bernabé (a

fines del siglo I) permanece ignorante de los evangelios históricos; y por otro lado, Justino Mártir (a mediados del siglo II) no muestra ningún conocimiento de los escritos de Pablo —apuntando a un cisma continuado entre las tradiciones petrina y paulina. Clemente de Alejandría e Ireneo de Lyon, a fines del siglo II, son los primeros autores que citan explícitamente tanto a los evangelios como a Pablo. He intentado analizar el fundamento de esta dicotomía en «La paradoja de Pablo», Com. 5. Referente a ese período de formación, una lectura esencial es el estudio magistral de Walter Bauer, *La ortodoxia y la herejía en el cristianismo más temprano* (<http://ccat.sas.upenn.edu/humm/Resources/Bauer>; Tübingen 1934, Philadelphia 1971).

Las divisiones posteriores dentro del cristianismo paulino se pueden resumir así: los patriarcas ortodoxos orientales de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, así como muchos otros, rehusaron aceptar la nueva doctrina sobre las «dos naturalezas» de Cristo (la humana y la divina) proclamada en el 451 d. de C. por el Concilio de Calcedonia. Así la Iglesia (1) ortodoxa oriental se separó de las Iglesias (2) ortodoxa del este y (3) católica romana. Varios siglos después, en el 1054 d. de C., éstas a su vez se separaron entre sí a causa del cisma «filioque» (véase Com. 2). Luego, al principio del siglo XVI, las Iglesias (4) protestantes empezaron a subdividirse de la jerarquía católica romana. Las Iglesias ortodoxas orientales hoy en día incluyen la copta, la armenia, la siríaca, la etíope, la eritrea y la malankara tomasita de India. Su cristología es llamada por otros «monofisita» («naturaleza única»); pero ellos mismos la llaman «miafisita» («naturaleza unida»).